

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

(Año 2012)

Pastor José M. Martínez
Dr. Pablo Martínez Vila

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

Una colección de los «Temas del mes» del año 2012
del website «Pensamiento Cristiano»

José M. Martínez, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con el website titulado «Pensamiento Cristiano».

El **Dr. Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. También fue presidente de la Alianza Evangélica Española durante 10 años (1999-2009), y actualmente es vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

Pensamiento Cristiano es un website de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria y el ministerio oral (casetes) de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Website: <http://www.pensamientocristiano.com>

Email: info@pensamientocristiano.com

Los **libros** de José M. Martínez se pueden obtener en la mayoría de las librerías cristianas. Para encontrar una librería cristiana cerca de su lugar, puede consultar las **Páginas Amarillas Cristianas** en internet en la dirección <http://www.paginasamarillascristianas.com>.

Índice

Enero/Febrero 2012 – «¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?» (I).....	3
Marzo 2012 – «¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?» (II).....	7
Abril/Mayo/Junio 2012 – La gloria de la resurrección.....	11
Julio/Agosto/Septiembre 2012 – Consideraciones sobre la infidelidad (I).....	14
Octubre/Noviembre/Diciembre 2012 – El sentido de la Navidad: Dios ha bajado a sufrir con nosotros.....	18
Libros del Pastor José M. Martínez.....	21
Libros del Dr. Pablo Martínez Vila.....	21
Folletos del Pastor José M. Martínez.....	21

Copyright © 2012, Pastor José M. Martínez y Dr. Pablo Martínez Vila
Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los artículos que salen en este documento, citando siempre el nombre del autor y la procedencia
(<http://www.pensamientocristiano.com>)

«¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?» (I) *Aprendiendo a compartir las cargas*

«Sobrellevad los unos las cargas de los otros y cumplid así la ley de Cristo» (Gá. 6:2).

«Este es tu problema, no el mío»; «¿Y a mí qué? Yo paso». Estas frases, tan populares hoy en una sociedad individualista en grado sumo, reflejan la tendencia natural del ser humano desde que Caín hizo la cínica pregunta que aparece como título de este artículo refiriéndose a su hermano Abel, a quien acababa de matar. Por naturaleza, todos llevamos algo de «cainismo» en el corazón: indiferencia y egoísmo en las relaciones con el prójimo. Incluso muchas personas creen y hacen suyo de buena fe aquel refrán que dice: «Cada uno en su casa y Dios en la de todos». Es una versión «espiritualizada» que pretende justificar la comodidad del individualismo. No se trata, pues, de un problema moderno ni exclusivo de egoístas empedernidos. Nos afecta a todos y ha sido así desde siempre.

Es cierto que la actual crisis económica en Europa está estimulando formas de solidaridad alentadoras, ya sean en anónimos actos de amor o mediante organismos -las ONG- donde podemos encontrar a personas que de manera voluntaria y sacrificada, a veces casi de forma heroica, se desviven por ayudar al prójimo. Como decía Pascal, el ser humano no es ni ángel ni bestia y, en el fondo, es las dos cosas a la vez. Todos llevamos «un ángel» dentro porque conservamos la imagen de Dios, este sello imborrable que persiste aunque esté profundamente alterado por el Pecado. Esta impronta del carácter divino nos lleva a luchar contra el «demonio» que también anida en nuestro corazón y que convierte al hombre con frecuencia en esclavo de su codicia, su egoísmo, su ambición sin límites, su amor por el dinero fácil etc. Precisamente todas estas conductas -la Biblia las llama pecados- están en la raíz de la actual debacle económica. El problema de Europa hoy no es en primer lugar un problema de mercados financieros sino de ambiciones sin límite y de egos desbordados. Ahí empieza todo.

Surge entonces una pregunta natural: ¿cómo podemos promover estas actitudes y conductas de solidaridad y de preocupación mutua? ¿Es un asunto sólo de sensibilidad social? ¿Qué aporta el cristianismo a la cura -el cuidado- del prójimo? No es este el lugar para hacer un repaso detallado, pero la Historia nos muestra cómo el cristianismo, y en particular su énfasis distintivo en el amor al prójimo, ha sido una de las columnas de la civilización occidental. Frente al innato egoísmo humano la ética del Evangelio se ha alzado -y sigue alzándose hoy- como una poderosa fuente de sanidad en las relaciones humanas. Ha transformado personas, familias y países enteros. Esto ha sido así porque el seguidor de Cristo no puede lavarse las manos indiferente ante las necesidades de otros y es llamado a preocuparse activamente por su hermano.

El sobrellevar los unos las cargas de los otros constituye uno de los mayores privilegios -y deberes- del discípulo de Jesús que afirmó con rotundidad en la frase conocida como «regla de oro»: «Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos» (Mt. 7:12). De esta manera, la exhortación del apóstol Pablo a sobrellevar los unos las cargas de los otros deviene un examen clave de la vida cristiana. Viene a ser como una reválida de nuestra fe que evalúa tres aspectos esenciales de la madurez cristiana: por un lado mide nuestro egoísmo; en segundo lugar, nuestro amor al prójimo y, finalmente, nuestro compromiso con el pueblo de Dios, con la iglesia.

Vamos a considerar en este artículo y en el siguiente tres aspectos fundamentales del cuidado mutuo. Estos principios son extensivos a todo prójimo, aunque los hermanos en Cristo -«la familia de la fe»- constituyen nuestra prioridad tal como enseña el apóstol Pablo (Gá. 6:10), de ahí nuestro énfasis en las relaciones con los hermanos en la fe. El que no ama y cuida de su hermano al que tiene al lado, difícilmente podrá cuidar al que está más lejos.

1. Motivaciones correctas: ¿Por qué he de sobrellevar las cargas de mis hermanos?
2. La puesta en práctica del cuidado mutuo: ¿Cómo hacerlo?
3. Los resultados: ¿Qué consecuencias tiene?

1. Motivaciones correctas: ¿Por qué?

Tener las motivaciones correctas es el paso inicial que nos abre la puerta a una práctica correcta. La motivación es como el motor que nos «mueve» y genera la fuerza para avanzar. El creyente, en la tarea de cuidar del hermano, necesita tener una buena motivación por dos razones: primero porque su vieja naturaleza -«la carne»- le impele al egoísmo y al individualismo. La conversión no garantiza un cambio automático de nuestros impulsos egocéntricos. La lucha espiritual entre las obras de la carne y el fruto del Espíritu persistirá hasta que estemos en la presencia de Cristo. Ello explica las deficiencias -«manchas y arrugas»- de nuestra vida de fe y, en consecuencia, de nuestras iglesias. En el tema que nos ocupa, ya Pablo expresaba su preocupación por esta conducta en la carta a los filipenses: «No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo que es de los otros» (Fil. 2:4). Y más adelante, en el versículo 21, reitera esta triste realidad: «Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús». Así pues, una buena motivación le ayudará a luchar mejor contra su «ego» carnal.

La segunda razón para una buena motivación radica en la influencia constante del mundo, que nos «contagia» de sus valores y nos obliga a navegar contracorriente. Hoy, la presión de la sociedad en esta línea es muy fuerte. Incluso pensadores no creyentes, como el sociólogo Lipovetsky, nos advierten de los peligros sociales del individualismo exacerbado de principios del siglo XXI. Por todo ello, una buena motivación es imprescindible en la tarea -noble, pero agotadora- de sobrellevar las cargas.

¿Cuáles son entonces los motivos para cuidar al prójimo en general y a mis hermanos en Cristo en particular?

Ante todo, debemos considerar **la motivación incorrecta**. Cuidar de mi hermano no debe ser, por lo menos en primer lugar, una forma de autorrealización personal. No lo hago para sentirme yo mejor. Desde luego es legítimo esperar una satisfacción personal en el servicio a los demás. No hay nada que llene tanto como darse a otros. Pero esta satisfacción es la **consecuencia**, y no la motivación, de tal ministerio. A veces podemos enfocar las tareas de ayuda al prójimo -por ejemplo, participar en una ONG o en otras formas de voluntariado- desde un prisma egoísta: «Porque me ayuda a ser yo mismo». Cuidado con las formas de servicio en la iglesia que pueden nacer más del amor a uno mismo que del amor al prójimo. El antiguo refrán latino «*do ut des*» -doy para que me des- no refleja el espíritu de Cristo, sino un sutil egoísmo. Por el contrario, «en esto consiste el amor, en que él nos amó primero», nos recuerda el apóstol Juan. El verdadero amor de Cristo da sin esperar nada a cambio; no da para recibir.

El amor a Cristo

Para el creyente, el cuidado del hermano y del prójimo surge del amor a su Señor y Salvador. Si él ha hecho tanto por mí, ¿qué no haré yo por él? Esta fue la experiencia del conde Von Zinzendorf cuando contemplaba un cuadro de la crucifixión. En la parte inferior del cuadro, un escrito interpelaba al espectador: «Esto hice yo por ti, ¿qué has hecho tú por mí?». Von Zinzendorf se sintió tan desafiado por este reto que le llevó a una transformación espiritual de consecuencias históricas: Se convirtió en el fundador de los Hermanos Moravos, uno de los movimientos misioneros más destacados del siglo XVIII.

Ya Pablo decía con gran fuerza: «El amor de Cristo nos constriñe» (2 Co. 5:14). **Su ejemplo** es el móvil que nos impele en la preocupación por el hermano. La exhortación de Gálatas 6:2 precisamente apela a esta realidad: «Sobrelleved los unos las cargas de los otros y **cumplid así la ley de Cristo**». La palabra «ley» aquí no significa tanto precepto como modelo. Se refiere al espíritu, el talante, la forma de ser de Cristo, quien «ungido con el Espíritu santo y con poder, anduvo haciendo bienes y sanando a todos...» (Hch. 10:38). Los cristianos deberíamos cambiar el refrán de «haz bien y no mires a quién» por «haz bien y mira a Cristo». Al hacer el bien, ten la mirada puesta en aquel que dio su vida por ti. Esta visión cristocéntrica nos librarán, de paso, de las decepciones causadas por la ingratitud. A veces, el hermano por el que más te has preocupado es tan desagradecido como aquellos leprosos sanados por Jesús: de diez, solo uno

volvió para dar las gracias. ¡Qué reconfortante el pasaje de Mateo 25:31-46: «Por cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, **a mí lo hicisteis**». Cristo está presente en mi hermano, está ahí, en su alma, de tal manera que cuidar de mi hermano es como cuidar de Cristo mismo. ¡Insondable misterio, pero precioso privilegio!

Ahora bien, lo singular de la vida cristiana es que el amor de Cristo nos estimula no solo por vía de ejemplo -alguien a imitar-, sino que nos da su amor real, vivo, a través de su Espíritu en nosotros. Esta realidad no la encontramos en ninguna otra religión. Gandhi es un ejemplo para muchos. Su memoria histórica estimula, pero nada más. El cristiano, en su servicio a los demás, tiene dos grandes herramientas: el ejemplo extraordinario de Cristo y su propio amor que me es transmitido por la acción del Espíritu Santo.

Así pues, la gran diferencia entre un humanista y el seguidor de Cristo radica precisamente en la motivación: Al cristiano no le mueve, en primer lugar, mejorar la sociedad, sino amar a su Señor y, en consecuencia, a su prójimo. Por supuesto que el cristiano quiere un mundo mejor, más justo, más solidario, pero ésta no es la meta, es el resultado, el efecto final de un compromiso perfectamente resumido por Jesús mismo: «amarás a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo».

El amor al pueblo de Cristo

El amor a Cristo, si es genuino, lleva de forma natural a amar a la Iglesia. El discípulo no puede decir que ama a Cristo si no ama a sus hermanos que forman el cuerpo de Cristo. El compromiso con Dios implica compromiso con el pueblo de Dios. Esta segunda motivación es, por tanto, consecuencia de la anterior. De tal manera que nuestro lema-resumen en el cuidado de mis hermanos debería ser: **por amor a Cristo y para edificación de la Iglesia.**

Observemos con detalle el texto de Gálatas. Su traducción literal sería: «De los otros, sobrellevad las cargas». Pablo pone el genitivo «de los otros» al comienzo de la frase para marcar un énfasis. Con esta construcción gramatical, el Apóstol nos quiere recordar un principio importante: la vida cristiana no es un asunto de «Dios y yo solos»; el cristiano solitario es incompatible con la enseñanza del Nuevo Testamento. Por supuesto que la fe tiene una dimensión íntima, personal, que debe ser respetada. Pero la fe cristiana va mucho más allá de lo privado: tiene unas implicaciones comunitarias inevitables. Nos guste o no, al nacer de nuevo -la conversión- entramos a formar parte de una familia en la que -como sucede en toda familia- no nos es dado escoger a nuestros hermanos. ¡No conozco a nadie que haya tenido la oportunidad de escoger a sus hermanos de sangre!

La enseñanza bíblica es clara: somos un cuerpo y nos pertenecemos los unos a los otros: «Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular... Que los miembros se preocupen los unos por los otros... De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un hermano recibe honra, todos los miembros con él se gozan» (1 Co. 12:25-27).

No es una opción, sino una obligación

El texto de Gálatas usa el modo imperativo: «sobrellevad». Es un mandamiento, no una opción voluntaria. Algunos piensan que cuidar al hermano es responsabilidad propia del pastor y de los ancianos o diáconos de la iglesia. Ciertamente, estos tienen una responsabilidad especial. Pero a todo creyente, sin excepción, se le exhorta a preocuparse por los otros miembros del cuerpo. Este es, en esencia, el principio evangélico del **sacerdocio universal**. El cuidado pastoral no es una tarea reservada para unos pocos miembros especializados, sino el privilegio y el deber de cada creyente. ¡Qué contraste con otras religiones tan de moda hoy! Su énfasis en el beneficio exclusivamente personal las sitúa a años luz de la pastoral y la ética del Nuevo Testamento. El budismo, por ejemplo, desconoce por completo esta dimensión de cuerpo, y su único énfasis comunitario se refiere a la fusión del yo personal en un todo cósmico después de la muerte.

Nuestro celo en la práctica de este mandamiento -cuidar del hermano- no debe apagarse por las «manchas y arrugas» de mi iglesia o de mi hermano. La iglesia no es una comunidad de justos donde escasea el pecado, sino una comunidad de pecadores donde abunda la gracia. Esta debe ser nuestra visión. Así, nuestras expectativas serán realistas y evitaremos caer en el desánimo al descubrir que la perfección solo la alcanzaremos en el cielo. Mientras tanto, todos estamos en la «tintorería», siendo «lavados» -transformados- por el Espíritu Santo en el proceso de la santificación. Si alguien va a la iglesia esperando ver solo ropas blancas, encontrarla acabada ya de lavar, no ha entendido ni la naturaleza de la iglesia ni el proceso de transformación que se está realizando desde el nuevo nacimiento.

Dr. Pablo Martínez Vila

«¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?» (II)

Aprendiendo a compartir las cargas

«Y considerémonos unos a otros, para estimularnos al amor y a las buenas obras, no dejando de reunirnos como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos, tanto más cuando veis que este día se acerca» (Heb. 10:24-25).

En el anterior artículo consideramos las motivaciones correctas para sobrellevar las cargas los unos de los otros. En esta segunda parte nos centraremos en la puesta en práctica del cuidado mutuo -¿cómo hacerlo?- y en sus resultados, ¿qué efectos produce?

2. La puesta en práctica: ¿cómo hacerlo?

Una vez tenemos la motivación correcta, ¿cómo poner en práctica esta exhortación? De nuevo, el análisis del texto nos ayuda a entender su aplicación. El verbo «sobrellevar» es el mismo que «cargar», como aparece en Juan 19:27, cuando Jesús carga con la cruz y empieza a andar hacia el Gólgota. La idea en el original es la de coger «algo que pesa». De la misma raíz viene la palabra «carga» -*barós*- en Mateo 20:12: «Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga». Se refiere tanto a un peso físico, literal, como a un peso simbólico o moral, algo que agobia u oprime: una preocupación, un problema, una dificultad, una enfermedad.

Una ilustración nos ayudará a entenderlo: todos viajamos por la vida con una mochila que puede estar más o menos cargada (la de unos más cargada que la de otros). La idea de «sobrellevar mutuamente las cargas» es la de coger la mochila del prójimo y llevársela un rato. Exactamente esto es lo que hizo Simón cuando los soldados romanos le cargaron con la cruz que llevaba el Señor, posiblemente agotado por el peso de la misma: «Tomaron a Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús» (Lc. 23:26). ¡Qué privilegio, sin saberlo, el de Simón! Pero mucho mayor es el privilegio de todo creyente, porque en el acto mismo de llevar esta cruz y morir en ella, Jesús estaba cargando con todos nuestros pecados. Emociona descubrir que la palabra usada en Isaías 53:4 -«Ciertamente Él llevó (*cargó*) nuestras enfermedades...»- es la misma de Gálatas 6:2: «Sobrellevad las cargas los unos de los otros».

Una vez más, el ejemplo de Jesús nos impele a hacer lo mismo. Es obvio que, en un sentido, nosotros no podemos llevar las cargas del prójimo como lo hizo Jesús: hay un elemento de sustitución, vicario, en la muerte del Señor. Pero en un sentido más amplio, el de compartir la carga, podemos y debemos imitar a Cristo. Todo creyente debería anhelar este corazón pastoral que nos lleva a acercarnos al hermano con esta actitud: «¿Qué te pasa, puedo hacer algo por ti?. ¿Te puedo llevar la mochila un rato?». Y no olvidemos que una de las maneras más eficaces de hacerlo es escuchando al otro. Saber escuchar al hermano es una excelente manera de sobrellevar su carga.

Hay un pasaje en el Nuevo Testamento que describe con precisión algunas formas prácticas de sobrellevar las cargas: «Y considerémonos unos a otros, para estimularnos al amor y a las buenas obras, no dejando de reunirnos como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos, tanto más cuando veis que este día se acerca» (Heb. 10:24-25). Veamos estas cuatro formas prácticas de cuidar al hermano.

«Considerémonos unos a otros»

Se refiere a la actitud de tomar la iniciativa y preocuparse por el hermano. Es simplemente «tener en cuenta» al otro, no dejarlo de lado. A veces basta con un «¿cómo estás?» sincero, sentido, que refleja todo el amor que sentimos hacia esta persona. Otras veces, incluso sobran las palabras, y la misma actitud de amor se transmite con una simple mirada a los ojos, penetrante, consoladora, una mirada que habla sola y que dice silenciosa: «¿Qué te pasa, hermano, te puedo

ayudar? Estoy a tu lado si me necesitas». Una carta o postal en momentos especiales, una simple llamada telefónica al hermano enfermo o atribulado, una visita en su casa o en el hospital son otras formas prácticas de «considerarnos unos a otros» y que enriquecen mucho la vida de la congregación.

«Para estimularnos al amor y a las buenas obras»

Todos conocemos personas cuya presencia nos contagia de un buen ánimo y nos enriquece. Su vida es una inspiración que nos estimula de forma positiva. Transmiten el amor y la paz de Cristo. En una palabra, nos son modelos. La conversación con ellos o la simple convivencia un rato a su lado nos motiva a imitarles porque, en realidad, ellos son imitadores de Cristo. Esta es una forma excelente de «guardar» y cuidar de mi hermano: siendo un estímulo en su vida cristiana. Lo opuesto, ser un motivo de tropiezo, es un grave pecado que el Señor condenó con dureza (Mt. 18:6-7).

«No dejando de reunimos»

A primera vista puede sorprender esta frase en un contexto de cuidado pastoral y estímulo mutuo. Pero su inclusión aquí es muy significativa. ¿Por qué y para qué vamos a los cultos en la iglesia? ¿Solo para recibir? ¿La meta es sentirme bien yo? Por supuesto, recibimos bendición del culto, pero no podemos ir a la iglesia solo para recibir. Vamos para dar tanto como para recibir. De ahí que la asistencia al culto en sí misma sea muy importante, porque con ella expreso no solo mi compromiso con Dios, sino también mi amor hacia el hermano. Mi presencia en la iglesia es un gran estímulo para mis hermanos, de la misma manera que mi ausencia duele, entristece. No hay sentimiento más desolador que ver bancos vacíos, los huecos dejados por hermanos que «han dejado de reunirse». Esta es la razón por que no podemos aceptar la expresión peyorativa de *calientabancos*. ¡Bienvenidos sean los *calientabancos*! Su presencia en la iglesia es muy importante, porque con su sola asistencia nos transmiten amor fraternal y nos estimulan.

«Exhortándonos»

El verbo «exhortar» en el original tiene una gran riqueza de matices. Puede significar animar, estimular, consolar, fortalecer, interesarse por. Transmite una idea básica: preocuparse por el otro y darle un trato afable. Se trata más de una actitud que de una actividad; no tanto algo que se hace, sino una forma de ser. Es muy interesante observar cómo el nombre dado al Espíritu Santo *-Parakletos-* deriva justamente de este mismo verbo «exhortar» *-parakaleo-*, de tal manera que la tarea que realizamos al «exhortarnos unos a otros» es, ni más ni menos, un eco -imperfecto- de la preciosa obra que el Espíritu Santo realiza en el creyente. Él es el Consolador por excelencia, y nuestro objetivo al «exhortarnos unos a otros» es proporcionar también consolación.

No es casualidad que de este versículo, y de otros parecidos, haya derivado la antigua y bella expresión cura de almas, tan común en la Iglesia primitiva; curar es interesarse por, animar, fortalecer, dar. Puesto que la cura de almas, como hemos visto, no es tanto una actividad como una actitud, la falta de tiempo no puede ser excusa para darles a mis hermanos este trato afable.

Para concluir este punto, quisiera compartir un poema anónimo que siempre ha ocupado un lugar especial en mi corazón. Desde la adolescencia me ha parecido un formidable resumen para toda una vida:

*Una sola vez por este mundo pasaré.
Si hay alguna palabra bondadosa que pueda hablar,
alguna noble acción que pueda hacer,
diga yo esta palabra, haga yo esta acción ahora,
porque no pasaré más por aquí.*

3. Los resultados: ¿qué consecuencias tiene?

La práctica de sobrellevar las cargas mutuamente tiene unas consecuencias importantes en dos esferas: Por un lado, influye sobre la iglesia; es la esfera comunitaria. Por otro lado, tiene consecuencias en mi vida personal. Analicemos cada una de ellas:

La edificación de la iglesia

El cuidado fraternal mutuo es fruto del amor, pero al mismo tiempo transmite amor. Por ello atrae, tiene un poderoso efecto magnético a su alrededor. Este fue uno de los «secretos» del crecimiento de la iglesia primitiva. La iglesia de Jerusalén fue un modelo en esta noble tarea de cuidar al hermano. No es de extrañar que «el pueblo los alababa grandemente y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres» (Hch. 5:13-14).

Este corazón pastoral de todos los miembros produce un crecimiento de la iglesia en número porque es un testimonio poderoso. Hoy hablaríamos de un fuerte impacto evangelístico. Ello es especialmente cierto en nuestra sociedad llena de gente sola que busca con ahínco «calor de hogar», una mano que apoya, una sonrisa que simpatiza, un gesto de entrega. ¡Cuántas personas se quedaron en la iglesia y llegaron a la conversión «porque el primer día se interesaron por mí, me vinieron a decir algo, me dieron calor de hogar»!

Una iglesia donde los unos sobrellevan las cargas de los otros viene a ser un hogar, una familia de familias que «da cobijo al desamparado» (cf. Sal. 68:6). Es en este aspecto, entre otros, que la iglesia puede ser **comunidad terapéutica**, instrumento de sanidad para un mundo doliente. Hoy son muchas las personas abatidas por la angustia, la depresión o la soledad, heridas por relaciones rotas o familias infernales que deambulan por la vida como «débiles y perniquebradas» (Ez. 34:16). Son estas personas las que se acercarán a la iglesia buscando que alguien las ayude a llevar su carga. Debemos estar alerta para preocuparnos por su situación, dispuestos a llevarles «la mochila» un tiempo, es decir, escucharlas, comprenderlas y, sobre todo, amarlas con el amor de Cristo, quien mostró profundo interés por todos aquellos que «tenían necesidad de médico».

Por otro lado, esta actitud de «cura de almas» es uno de los instrumentos más poderosos de la Iglesia para lograr un crecimiento adecuado no solo en número, sino también en madurez. El cuidado mutuo no solo es fuente de crecimiento cuantitativo, sino también de edificación espiritual. Lo veíamos antes, al considerar el efecto modelo de aquellos que nos estimulan al amor y a las buenas obras. Esta es la enseñanza clara de Pablo. «Siguiendo la verdad en amor crezcamos en todo en Aquel que es la cabeza, esto es, Cristo... todo el cuerpo recibe su crecimiento para ir edificándose en amor» (Ef. 4:15-16). Cuando me preocupo por mi hermano, le escucho y me intereso por sus problemas y necesidades estoy contribuyendo al crecimiento espiritual de toda la iglesia y al mío propio.

La aprobación de Cristo mismo: «Porque a su tiempo segaremos si no desmayamos».

Esta es la promesa firme del Apóstol en nuestro texto de Gálatas. ¿En qué consistirá la siega y cuándo será? Ante todo conviene observar que la siega no ocurrirá cuando a nosotros nos guste o cuando queramos. A veces tenemos prisa por ver los resultados de nuestro trabajo. La siega será a su tiempo. La expresión original significa en el momento maduro, en la estación idónea. El tiempo de la siega no lo marcamos nosotros, sino el Señor.

¿Y en qué consistirá la siega? ¿Cuáles serán los resultados? El cuidar de mi hermano sobrellevando sus cargas tiene recompensas hermosas aquí y ahora. Ya hemos visto el efecto benéfico sobre la vida de la iglesia. Podríamos mencionar también la gratitud de aquellos que reciben nuestra «cura de almas», aunque ello -como ya hemos mencionado- no ocurre siempre. Igualmente, el hecho en sí de darse a otros y hacerles bien ya contiene un elemento de satisfacción personal, de manera que la mejor recompensa es sentirse útil al prójimo.

Sin embargo, todos estos aspectos positivos y agradables quedan relegados a un lugar secundario cuando los comparamos con la más grande de las recompensas: el galardón que Cristo mismo nos dará cuando entremos en su presencia. «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré» (Mt. 25:21). ¡Este es el diploma por excelencia! Jesús mismo les dijo a sus discípulos que «cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente... no quedará sin recompensa» (Mt. 10:42). Por ello, Pablo nos exhorta: «Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; **sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia**, porque a Cristo el Señor servís» (Col. 3:23-24). Por tanto, no debemos esperar el reconocimiento y la aprobación aquí y ahora de nuestros hermanos, sino de Cristo y en el futuro. Ello nos evitará decepciones innecesarias.

Este pasaje donde se nos exhorta a sobrellevar los unos las cargas de los otros termina con un sano toque de realismo: «No nos cansemos, pues, de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos si no desmayamos» (Gá. 6:9). Pablo tiene una gran experiencia de entrega a los hermanos y tiene los pies en el suelo. ¡Cuidado! Sobrellevar las cargas de otros desgasta mucho. Es un ministerio esforzado del que uno se cansa con facilidad. Por ello nos avisa, porque lo natural es el cansancio. De ahí la gran necesidad de tener los ojos de la fe que remontan la mirada por encima de lo visible -un panorama no siempre halagüeño- y nos dan «la certeza de lo que esperamos y la convicción de lo que no se ve». Este fue el caso de Moisés, un hombre que pudo sobrellevar las cargas de los otros -de todo un pueblo- porque «se sostuvo como viendo al Invisible» (Heb. 11:27).

«Así que, según tengamos la oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe» (Gá. 6:10).

Dr. Pablo Martínez Vila

La gloria de la resurrección

En el Credo Apostólico aparecen dos impresionantes frases relativas a Jesucristo: «Padeció bajo el poder de Poncio Pilato; fue crucificado, muerto y sepultado». Así se expresa, condensadamente, toda la crudeza de la humillación de Cristo. Si tales frases fuesen las últimas del credo, la confesión de fe cristiana sería un enigma nebuloso. El final del ministerio de Jesús podría interpretarse como una tragedia desconsoladora, como el derrumbe de un cúmulo de esperanzas gloriosas. Y como un misterio torturador. La carrera del Maestro admirado, santo, obrador de milagros, compasivo, revelador del Padre, dominador de las fuerzas demoníacas, anunciador y promotor del Reino de Dios ¿había de morir como un vulgar malhechor? Su grandeza indiscutible ¿había de concluir en la oscuridad fría de un sepulcro? El que había salvado a otros de la muerte ¿no podía salvarse a sí mismo? Las fuerzas del Reino ¿no podían acabar con todos los poderes enemigos? La fe y las esperanzas de los discípulos ¿habían de concluir en el más cruel de los desengaños? ¡Cuánta amargura rezuman las palabras de los discípulos de Emaús cuando regresaban de Jerusalén a su aldea: «Nosotros esperábamos que él sería el que redimiera a Israel» (Lc. 24:21)! Pero después de lo acontecido ¿qué podían esperar?

De igual modo, ¿qué esperanza podría tener hoy un cristiano si hubiese de creer en un Cristo «muerto y sepultado»? ¿Quién ensalzaría su gloria? Sólo podría pensarse en lo patético de su tragedia. Y quienes todavía mantuviesen su adhesión al Crucificado serían, en palabras del apóstol Pablo, «los más dignos de conmiseración de todos los hombres» (1 Co. 15:19). Pero el Credo no se cierra con la palabra «sepultado». Añade: «**Resucitó de entre los muertos, ascendió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios...**». Con estas frases destaca lo más trascendental en la historia de la salvación. Inseparable del mensaje de la cruz, y juntamente con él, la proclamación de la exaltación de Jesús constituye el eje del Evangelio. En esa proclamación sobresalen cuatro puntos esplendorosos: la resurrección de Jesús, su ascensión a los cielos, su sesión a la diestra de Dios y su futura venida en gloria. De estas cuatro realidades gloriosas nos centraremos en la primera: la resurrección de Cristo.

La resurrección de Cristo, el milagro de mayor trascendencia

Obviamente nos hallamos ante un milagro, el más grande en la experiencia de Jesús. Como el resto de sus milagros, ha sido blanco de la crítica histórica, radicalmente positivista. Asumiendo la negación de todo milagro propugnada por D. Strauss, se han ido sucediendo las más inverosímiles teorías: que Jesús no llegó a morir realmente, sino que sufrió un desmayo del que se recuperó en la quietud silenciosa del sepulcro; que los discípulos habían robado el cuerpo; que habían sufrido una alucinación a causa de su excitación emocional, etc., etc. Cualquier inciso apologético nos parece aquí innecesario. Basta decir que cualquiera de las objeciones que suelen oponerse a la veracidad histórica de la resurrección de Cristo, si se examina sin prejuicios, es mucho menos creíble que lo narrado por los evangelistas. Frente a todas ellas se alza un hecho innegable: cuando el cuerpo de Jesús fue sepultado los discípulos estaban moralmente destrozados. Sus creencias sobre el carácter mesiánico de Jesús se conmovían. ¿Era verdaderamente el «Ungido» o habrían de esperar a otro, como un día pensó Juan el Bautista? A la incompreensión y la duda se unía en ellos el temor. El grupo de los más fieles se reuniría en una casa para llorar su dolor y su frustración; pero con las puertas cerradas (Jn. 20:19). Sus mentes y sus corazones estaban literalmente asolados. Se había secado su esperanza. ¿Y este puñado de seguidores habría sido capaz de enfrentarse a la hostilidad del Sanedrín si Jesús hubiera seguido muerto? ¿Arriesgarían su vida por defender una mentira? ¿Quién puede creerlo?

La resurrección de Cristo, fundamento de la iglesia y de la fe

De no haber mediado la resurrección de Jesús, la Iglesia cristiana jamás habría existido. Pero las apariciones del Cristo resucitado cambiaron radicalmente la situación. Con la resurrección de su Señor resucitó la fe de ellos. Ahora veían sin ningún género de dudas que no se habían equivocado en su esperanza, que era verdad lo que el Señor les había dicho acerca de su muerte y resurrección (Mt. 16:21; Mt. 17:22-23; Mr. 8:31; Mr. 9:31). Alborozados, con gozo incontenible,

se dirían unos a otros: «Ha resucitado el Señor verdaderamente» (Lc. 24:34). A partir de ese momento serían testigos activos del gran milagro y lo anunciarían a los cuatro vientos proclamando el Evangelio.

Este hecho vino a ser el fundamento sobre el cual descansa y se consolida la fe cristiana. Fue lo más destacado en la primera predicación el día de Pentecostés (Hch. 2:24, 29-33). Siguió siéndolo a partir de aquel momento (Hch. 3:15; Hch. 4:10; Hch. 5:30; Hch. 10:40; Hch. 13:30, 33, 37) y mantuvo su prominencia en las cartas apostólicas. Para Pablo la fe sólo tenía sentido cuando se apoyaba en «Aquel que levantó de los muertos a Jesús, nuestro Señor» (Ro. 4:24). En su primera carta a los Corintios resume el Evangelio de modo magistral: «Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras» (1 Co. 15:3-4). Y tal importancia da a la resurrección que, de no haber tenido lugar, la fe cristiana sería un fiasco: «Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, y vana es también vuestra fe» (1 Co. 15:14). Tanto es así que en los primeros tiempos del cristianismo, según atinada observación de C.S. Lewis, «predicar el cristianismo significaba principalmente predicar la resurrección». De modo que quienes habían oído sólo fragmentos de la enseñanza de Pablo en Atenas tuvieron la impresión de que hablaba de dos nuevos dioses: Jesús y Anástasis («resurrección» en griego). Si el mensaje de la cruz había sido para los griegos «locura» (1 Co. 1:18), el de la resurrección había de parecerles el mayor de los absurdos. Pese a todo, el gran evento había tenido lugar y vino a ser la roca sobre la que se alzó toda la estructura de la fe cristiana. La base de esta estructura no fue -no es- una simple doctrina, una inferencia intelectual o un anhelo vital. Fue un evento glorioso, del que muchos hombres y mujeres fueron testigos, demostrativo de que «Dios no es Dios de muertos, sino de vivos» (Mt. 22:32 y par.).

La resurrección de Cristo, garantía de nuestra esperanza

Digamos finalmente que la resurrección de Cristo garantiza la resurrección futura a vida eterna de cuantos creen en él. En una de sus primeras cartas (1 Tesalonicenses) ya se refirió Pablo a esta doctrina (1 Ts. 4:14, 16) reafirmando lo que había enseñado el Señor mismo (Jn. 5:29; Jn. 6:39, 40, 44, 54; Jn. 11:25). Pero la enseñanza más recia sobre este tema la hallamos en el monumental capítulo 15 de su carta a los Corintios. En este texto el apóstol desarrolla una sólida argumentación para demostrar que Cristo resucitó de los muertos, refutando así el error de quienes afirmaban que «no hay resurrección de muertos» (1 Co. 15:12); pero en su conclusión (1 Co. 15:20) enlaza la resurrección del Señor con la de sus redimidos, que tendrá lugar en su segunda venida. Cristo resucitado es «primicias de los que durmieron».

William Barclay recuerda que la fiesta de la pascua (cuando Jesús resucitó) era también la fiesta de las primicias, la cual coincidía con la época en que la cebada era segada (Lv. 23:10-11). Aquel primer fruto era el principio de la cosecha que había de seguir, es decir, la resurrección de sus santos que ya habían fallecido. Para reforzar esta afirmación Pablo introduce un paralelo antitético entre Adán y Cristo: «Así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados» (1 Co. 15:22). Lo uno es tan cierto como lo otro. Todos los que están «en Adán», es decir, todos cuantos viven en su naturaleza caída, alejados de Dios, mueren. Todos los que están «en Cristo» serán resucitados para vida eterna o transformados (1 Ts. 4:16-17). Esta perspectiva ha sido siempre motivo de consuelo y estímulo para el pueblo cristiano (1 Ts. 4:18). Y ha dado mayor brillo a la gloria del Resucitado. Así parece haberlo entendido Pablo cuando escribía: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria» (Col. 3:4). Un eco maravilloso de lo dicho por el Señor Jesucristo mismo: «Porque yo vivo, vosotros también viviréis.» (Jn. 14:19).

El resplandor de la gloria de la resurrección alumbró nuestra vida presente y se proyecta hacia un futuro plétórico de esperanza «sabiendo que Aquel que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús y nos presentará juntamente con vosotros» (2 Co. 4:14). Por ello los cristianos en todo el mundo recordamos la Semana Santa con espíritu de reflexión, de confesión y de gratitud, pero sobretudo con el mismo «gran gozo» de María

Magdalena y la otra María al descubrir la tumba vacía y escuchar la voz del ángel afirmar rotunda: «No está aquí pues ha resucitado» (Mt. 28:6, 8).

Pastor José M. Martínez

P.D: Adaptado de su libro «*Contemplando la gloria de Cristo*»

Consideraciones sobre la infidelidad (I)

La fidelidad y sus enemigos en la sociedad de hoy

En nuestros días asistimos a una extraña paradoja en los países occidentales: gozamos de una calidad de vida muy alta, nunca antes se había disfrutado de tanto bienestar material. Sin embargo, al mismo tiempo hay muchos más casos de depresión, ansiedad, estrés y soledad que nunca. La gente vive mucho mejor, pero se siente mucho peor. La prosperidad material no ha proporcionado bienestar emocional ni existencial. Y el panorama futuro no parece más halagüeño: la OMS (Organización Mundial de la Salud) ha pronosticado que para el año 2020 la depresión será la segunda enfermedad en importancia después del cáncer.

Un ejemplo nos ilustra esta sorprendente paradoja. En el ranking de ciudades del mundo con mayor calidad de vida (año 2009) Viena, Zurich y Ginebra encabezaban la clasificación. A primera vista, son lugares privilegiados para vivir; sin embargo, detrás se esconde una realidad muy distinta: Viena ha sido durante muchos años -y aún hoy lo es- una de las ciudades con un mayor índice de suicidios del mundo. Por otro lado Zurich y Ginebra están en Suiza, país con un alto índice de toxicomanías. La conclusión no parece difícil de deducir: allí donde hay un mayor nivel de prosperidad material, abundan los conflictos personales, familiares y de relaciones. El cuerpo está mejor cuidado que nunca, pero la mente y el espíritu están quizás peor que nunca.

El problema es complejo y no podemos simplificarlo. El malestar moral y espiritual de nuestra sociedad es un fenómeno pluridimensional donde intervienen factores de diversa índole. Quisiera destacar, sin embargo, una causa frecuente de este deterioro personal y social que he podido observar repetidamente en mi práctica como psiquiatra: **una crisis colosal de fidelidad**; me refiero no sólo a la fidelidad conyugal o en la pareja, sino en todas las relaciones humanas. Muchos problemas hoy tienen que ver con la inestabilidad de las relaciones, la fragilidad de los vínculos, la erosión del compromiso. Lo que los sociólogos llaman *inestabilidad* social esconde una crisis del valor *fidelidad* donde los vínculos sólidos que solían ser *para toda la vida* se han vuelto algo precario y con «fechas de caducidad» muy cortas. El lema hoy parece ser «nada a largo plazo». Con ello se ha perdido un baluarte de seguridad en la convivencia y una fuente de identidad personal. Sin duda, ello pasa factura, una factura que la estamos pagando en forma de una auténtica epidemia de relaciones rotas con su cortejo acompañante: los problemas emocionales, en especial ansiedad, depresión y soledad.

Podríamos comparar las relaciones en nuestros días a las setas: crecen rápidamente bajo el influjo de las primeras lluvias, pero se desvanecen tan rápido como crecen porque carecen de raíces y son muy frágiles. Asistimos a una eclosión de «**relaciones seta**» en todos los ámbitos: en el trabajo, entre amigos, incluso en la vida de iglesia. Esto afecta con fuerza a la familia donde van creciendo relaciones frágiles y superficiales que se desgajan ante cualquier presión externa al modo como uno arranca una seta sin apenas resistencia. La contraposición a las «relaciones seta» son las «**relaciones roble**». El roble tiene dos características que lo hacen poco vulnerable a las agresiones externas: por un lado, es un árbol ignífugo, resiste muy bien el fuego; por otro lado, tiene raíces fuertes porque tanto como crece en superficie lo hace también en profundidad; así, las raíces de un roble tienen la misma dimensión que su crecimiento en superficie.

Nuestra propuesta como seguidores de Cristo es que debemos evitar las «relaciones seta» y promover las «relaciones roble» donde la fidelidad y el compromiso son la marca distintiva. El propósito de estos dos artículos no es un análisis exhaustivo de la infidelidad conyugal desde el punto de vista pastoral y psicológico, tema amplio y muy necesario. Ello queda para otra ocasión. Nuestra intención aquí es reflexionar sobre los motivos que han llevado a nuestra sociedad a unas relaciones superficiales, individualistas y frágiles.

Para ello vamos a considerar, en primer lugar, qué es la fidelidad y por qué es tan importante.

1. ¿Por qué he de ser fiel?: la importancia de la fidelidad

Entendemos por fidelidad el cumplimiento de las promesas y pactos por encima de los sentimientos y de las circunstancias. La persona fiel no cambia aquello que ha prometido, ocurra lo que ocurra, «en salud o en enfermedad». El ejemplo por excelencia es el Señor Jesús quien «es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Heb. 13:8). La fidelidad es una actitud profunda que nace del corazón y piensa más en *mis deberes* que en *mis derechos*, piensa antes en el «tú» que en el «yo». La gravedad en cualquier tipo de infidelidad radica precisamente en la ruptura de la promesa o la dejadez en el compromiso.

La fidelidad no suele ser una conducta aislada, limitada a una esfera de la vida (la sexual), sino un rasgo más de un carácter moral y de una estructura de personalidad. Así, el cortejo inseparable de la fidelidad son valores como el esfuerzo, la perseverancia, la paciencia y expresan, en último término, una buena mayordomía en todos los ámbitos. De la misma manera, la infidelidad suele ir acompañada de indolencia, búsqueda del beneficio inmediato y personal, una baja tolerancia a las contrariedades o frustraciones, mentiras y engaño, etc. La persona fiel en sus relaciones suele ser fiel en todas las áreas de su vida, «porque el que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel» (Lc. 16:10). Recordemos cómo la enseñanza principal de Jesús sobre la fidelidad se basó en la parábola de los talentos, es decir en una buena administración de todo lo que Dios ha puesto en nuestras manos (Mt. 25:14-30).

Un ejemplo admirable lo tenemos en José, el patriarca del Antiguo Testamento quien desde muy joven fue fiel en todo lo que se le encomendó. La fidelidad a su amo egipcio se evidenció no sólo en la esfera sexual –rechazando el acoso repetido de la mujer de Potifar- sino en todas las áreas de su vida. Ello explica el éxito de José en las diferentes esferas donde tuvo responsabilidad: con Potifar (Gn. 39:3-4), en la cárcel (Gn. 39:21-23) y como gobernador de Egipto (Gn. 41-42). La fidelidad expresa, por tanto, una actitud vital profunda y global de lealtad y compromiso.

La fidelidad es importante por varias razones:

Como motor de cohesión social y de estabilidad emocional

La fidelidad es como el cemento que cohesiona nuestras relaciones. Constituye una salvaguarda que nos da seguridad más allá de los vaivenes de los sentimientos. En un mundo fracturado por el pecado, los sentimientos son fluctuantes y están sujetos a cambios frecuentes y repentinos. El corazón humano es «engañoso más que todas las cosas» (Jer. 17:9). Por ello las relaciones humanas requieren una base sólida, objetiva, que les confiera una garantía de estabilidad. La fidelidad expresada en promesas y pactos es como un ancla que mantiene la nave segura en la hora de la tormenta. Si nuestras relaciones dependen sólo de los sentimientos, entramos en una especie de tiovivo existencial donde no hay nada seguro y donde la desconfianza campa a sus anchas. Por el contrario, donde hay fidelidad, hay confianza. Una persona fiel genera seguridad, paz y estabilidad a su alrededor.

Una mujer me decía en la privacidad de la consulta: «Yo no puedo entregarme íntimamente a mi marido porque no sé si mañana me va a dejar». No veía en él un compromiso y, por ello no podía confiar. La confianza que da la fidelidad es el mejor antídoto contra la ansiedad, la inseguridad y los celos en las relaciones.

Así pues, la fidelidad es importante como motor de cohesión social y de estabilidad emocional. Tanto autores cristianos como no cristianos coinciden en este punto: es un ingrediente esencial en todas las relaciones humanas. Ello nos obliga a preguntarnos: ¿se explica la necesidad de fidelidad en términos puramente psicológicos o sociales?

Como expresión del carácter de Dios

Para el cristiano la fidelidad es importante por una razón aún más poderosa: la fidelidad forma parte de la esencia misma del carácter divino: «fiel es el Señor» (2 Ts. 3:3), en Él «no hay mudanza ni sombra de variación». (Stg. 1:17), «porque todas las promesas de Dios son en Él Sí, y en Él Amén» (2 Co. 1:20). Las referencias a la fidelidad de Dios son constantes en las Escrituras. Es por completo inconcebible que el Dios de la Biblia esté sujeto a cambios caprichosos de humor, de sentimientos o de ideas como los dioses paganos. Hasta tal punto es así que desde el principio Dios quiso rubricar sus promesas con pactos. Estos pactos eran la expresión de un compromiso inquebrantable. El pacto ha sido el marco que ha estructurado siempre la relación de Dios con el hombre en general y con su pueblo en particular. Un ejemplo de ello lo tenemos en la historia del arco iris, símbolo del primer gran pacto de Dios con el hombre al prometer que no volvería a destruir nunca más al ser humano de la faz de la tierra: «Esta es la señal del pacto que yo establezco entre mí y vosotros por siglos perpetuos: mi arco he puesto en las nubes» (Gn. 9:9-13).

Como voluntad de Dios para las relaciones humanas

La fidelidad, sin embargo, no es sólo un atributo esencial del carácter divino sin más. Ello tiene consecuencias para nosotros. Es también su voluntad para las relaciones humanas. Ello es lógico si recordamos que fuimos creados a imagen de Dios y, por tanto, somos llamados a reflejar en lo posible Su carácter. La fidelidad sella las relaciones entre Dios y los hombres, pero también debe sellar las relaciones de los hombres entre sí. Porque Dios es fiel, nosotros debemos serlo también. La infidelidad rompe el corazón de Dios: «...Haréis cubrir el altar de Jehová de lágrimas, de llanto y de clamor... porque has sido desleal contra la mujer de tu juventud, siendo ella tu compañera y la mujer de tu pacto» (Mal. 2:13-14). La fidelidad, por el contrario, le agrada tanto que Dios promete la «corona de la vida» al que es fiel hasta la muerte (Ap. 2:10).

Así pues, la fidelidad expresada en el cumplimiento de pactos y promesas es el ancla que salvaguarda nuestras relaciones y les da estabilidad.

2. ¿A quién he de ser fiel?: Las dimensiones de la fidelidad

«Cordón de tres dobleces (nudos) no se rompe pronto» (Ec. 4:12).

El autor del Eclesiastés, con su sabiduría, resume de forma certera en una sola frase el meollo de la fidelidad. ¿Cuáles son estos **tres nudos**? La fidelidad implica responsabilidad con uno mismo, con el prójimo y con Dios.

Esta metáfora trae a nuestra mente la idea de un triple **vínculo** con tres rasgos distintivos:

Su fortaleza: el lazo triple es resistente y no se rompe pronto con las presiones ni se afloja con el tiempo.

Su carácter indivisible: ninguna de las partes se puede desgajar de las otras porque forman un todo inseparable. Así, cuando soy infiel a mi prójimo, también lo soy en mi compromiso con Dios y conmigo mismo.

Su interdependencia: se nutren entre sí, se retro-alimentan de manera que la fidelidad a Dios estimula la fidelidad al prójimo y conmigo mismo y viceversa.

Consideraremos en el resto de este artículo el primero de estos «nudos».

La fidelidad con uno mismo

Podríamos definirla como coherencia e implica estabilidad e integridad. Lo opuesto es la persona «inconstante en todos sus caminos» (Stg. 1:8) que dice una cosa hoy y otra totalmente diferente mañana, cambiando conductas, opiniones o sentimientos bajo la presión de las circunstancias o la influencia del entorno. La Escritura la define como «el hombre de doble ánimo» en agudo contraste con la persona íntegra -entera-, de un solo corazón. Marca distintiva de la persona fiel es esta integridad o entereza que la hace confiable en todos los asuntos porque no cambia y cumple sus promesas.

Otro ejemplo de fidelidad en la Biblia lo tenemos en Daniel: «...buscaban ocasión para acusar a Daniel... mas no podían hallar ocasión alguna o falta, porque él era fiel» (Dn. 6:4). A pesar de la enorme presión sobre sus creencias y su conducta por las circunstancias del exilio, Daniel no cambió, fue constante y coherente con su fe y ello le convirtió en una persona confiable a ojos de sus superiores, en especial del rey quien le promovió a lugares de gran responsabilidad. Daniel se mantuvo firme allí donde lo más fácil era el mimetismo, dejarse arrastrar por la corriente. ¿Su secreto? El «triple nudo» -su fidelidad a Dios, al prójimo y consigo mismo- fue el ancla que le mantuvo firme y Dios le bendijo en gran manera porque el Dios fiel se complace en la fidelidad de sus hijos.

Algunos dirán que para ser fiel con uno mismo, a veces tienes que ser infiel con los demás. Este era el argumento central de una serie de televisión en Catalunya titulada «Infidèls» (Infieles). ¿Es cierta esta idea? La respuesta nos obliga a recordar el concepto de fidelidad antes esbozado. La fidelidad siempre tiene un contenido objetivo al que se es fiel, normalmente expresado en forma de promesas o pactos. Los esponsales en la boda o un contrato de trabajo son ejemplo de este **elemento explícito y objetivo** que recuerda un acuerdo (valga el juego de palabras). La ruptura unilateral de este acuerdo es una infidelidad, una deslealtad, ya sea en el trabajo, en el matrimonio o en cualquier ámbito de las relaciones.

Hoy en día se rechaza este elemento objetivo con el fin de no sentirse atado. Asistimos a una erosión profunda del valor compromiso en todos los niveles (como analizaremos en el próximo artículo). Un ejemplo lo vemos en la tendencia tan generalizada hoy a vivir en pareja sin casarse. ¿Es por motivos puramente prácticos o económicos? No, la ausencia del vínculo explícito que aporta la ceremonia civil o religiosa hace que el compromiso objetivo sea mucho más light o incluso inexistente. La frase «yo no necesito papeles para amar» refleja el sutil rechazo de nuestra generación al compromiso objetivo lo cual lleva inevitablemente a la trivialización de la fidelidad y a las relaciones «seta» antes mencionadas.

Cuando se anula el elemento objetivo de la fidelidad es sustituido por un **criterio puramente subjetivo**: «debo ser fiel a mis sentimientos o mis pensamientos que pueden variar a lo largo de mi vida». Para estas personas ser fiel consigo mismo supone hacer siempre lo que les apetece, sin tener en cuenta los otros dos nudos de la cuerda, Dios y el prójimo. De esta manera, la fidelidad se convierte en simple subjetivismo desprovisto de cualquier elemento de responsabilidad ante otros: «es mi problema y no afecta a nadie más». Esta conducta es un reflejo de las grandes modas ideológicas de hoy y que consideraremos en el próximo artículo: el individualismo, el hedonismo y la tendencia a *servirse de* en vez de *servir a*.

Dr. Pablo Martínez Vila

P.D: Como complemento a esta serie de dos artículos recomendamos la lectura del Tema del mes de enero 2004, «Fiel es Dios... ¿Lo somos nosotros?» por Dn. José M Martínez.

El sentido de la Navidad: Dios ha bajado a sufrir con nosotros

La Navidad es un tiempo de luces, pero también de sombras. Este año más que otras veces predominan las sombras: hay más preocupación que alegría, más incertidumbre que gozo. La ansiedad planea sobre muchos hogares creando una atmósfera que puede difuminar el espíritu festivo de la Navidad. Se respira crisis en la calle y muchas personas no están para celebrar nada. ¿Nada? ¿Pueden las sombras de la crisis apagar el verdadero gozo de la Navidad? El cristiano responde con un rotundo «no». Siempre habrá más gozo que preocupación, más esperanza que ansiedad si se entiende y recuerda el verdadero sentido de estas fechas navideñas.

La razón está en el origen de este gozo que no es un mero sentimiento de alegría sujeto a los vaivenes de las circunstancias, sino que surge de Aquel que tiene y es «la promesa de la vida, Cristo Jesús» (2 Ti. 1:1). El creyente en Cristo Jesús sabe que nada ni nadie puede apagar el sentimiento inefable que tuvieron los pastores quienes al «ver la estrella se regocijaron con muy grande gozo» (Mt. 2:10).

En estos días muchas personas se preguntan «¿Qué hace Dios por remediar tanto sufrimiento?» La respuesta nos abre la puerta de par en par para entender el significado de la Navidad y ver la Luz poderosa del Evangelio en medio de tantas luces tenues. Es una respuesta con tres realidades tan sublimes como consoladoras; cada una de estas realidades está relacionada con sendos nombres del Cristo, centro de la Navidad:

1.- EMMANUEL: La Navidad nos recuerda la identificación de Dios con nuestro sufrimiento

«Y llamarás su nombre Emmanuel, esto es Dios con nosotros» (Mt. 1:23)

La Navidad es una fiesta para el creyente, pero su verdadero significado tiene una profunda relevancia para todos y en especial para los que están pasando por tiempos de sufrimiento y de crisis. Recordamos y celebramos que **Dios se ha acercado al ser humano** y ha bajado a este mundo para sufrir con nosotros. Esta es la esencia de la Navidad y uno de los rasgos más distintivos de la fe cristiana: Dios no está lejos ni está callado, Dios está con nosotros. Éste es exactamente el significado de la palabra **Emmanuel**, uno de los nombres dados a Jesús: **Dios con nosotros**.

En el drama del sufrimiento humano Dios no se limita a ser un espectador, sino que ha actuado como un actor comprometido. Ya en el libro del Éxodo en el Antiguo Testamento. Dios nos muestra cómo ha dado pasos muy concretos para aliviar y liberar a todos los oprimidos por crisis de cualquier tipo: «Bien **he visto la aflicción** de mi pueblo... y **he oído su clamor** a causa de sus extractores; pues **he conocido su angustia** y **he descendido** para librarlos» (Éx. 3:7-8). Este compromiso de Dios encuentra su manifestación máxima en Filipenses 2:5-11, cántico glorioso donde se nos describen los pasos que llevaron a la Navidad: «Cristo Jesús, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; ...y se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz...».

Dios ha bajado a la tierra encarnado en Cristo: Navidad. Ahí es donde encontramos la respuesta última al dilema del sufrimiento y de toda crisis, sea personal o global: en un nacimiento tan sencillo como sobrenatural, y en una muerte tan infame como gloriosa. El pesebre y la cruz, la vida en su inicio y la vida en su final, Navidad y Semana Santa encierran las claves que nos permiten entender el misterio de la vida y de la muerte, y nos transmiten la cercanía del Dios Emmanuel en todo sufrimiento. Yo personalmente nunca podría creer en Dios si no fuera por la encarnación, demostración irrefutable de su identificación con el drama humano, y por la Cruz, exponente supremo de este compromiso. Como alguien ha dicho, «un Dios lejano no sería más que un iceberg de metafísica». Así pues, la Navidad nos recuerda la identificación de Dios con la tragedia del ser humano.

2.- EL SIERVO SUFRIENTE: La Navidad nos recuerda el poder de Cristo para ayudarnos en nuestro sufrimiento

«*Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios...*» (Is. 40:1)

Con estas palabras se inicia *El Mesías* de Händel, una de las composiciones más celebradas de todos los tiempos. Y esta es la frase que abre otra sinfonía aún más importante: *Los Cánticos del Siervo*, el conjunto de profecías que anuncian con siglos de antelación todos los detalles de la Navidad (Isaías capítulos 40 a 55). No es casualidad que las primeras palabras proféticas sobre el nacimiento de Jesús sean de ánimo: «Consolaos, consolaos». Una de las mayores necesidades de la persona en medio de una crisis es **sentirse comprendida y consolada**. Y ¿quién mejor para ello que alguien que ha pasado ya por una experiencia similar? Como vimos antes, nadie puede acusar a Dios de no saber lo que es sufrir. Durante su vida, y de forma suprema en la cruz, Cristo experimentó el sufrimiento humano en su máxima expresión, tanto física como moral. Nadie ha sufrido más que él. Los sufrimientos de Cristo le confieren una autoridad moral incuestionable para entendernos y consolarnos.

Ciertamente la participación e identificación de Dios en el sufrimiento humano es uno de los temas más insondables, pero al mismo tiempo, es la fuente suprema de consuelo. En la conmovedora descripción de los sufrimientos de Cristo en Isaías 53 se encuentra la respuesta última a todo sufrimiento: «fue menospreciado... herido... molido... angustiado y afligido, sin embargo no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero». Tanto sufrimiento tenía un propósito: «Por su llaga fuimos nosotros curados... verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho... porque él llevó el pecado de muchos e intercedió por los transgresores».

Por todas estas razones, porque él fue un experto –«experimentado» (Is. 53:3)– en el sufrimiento, «no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Heb. 4:15). También aquí el autor concluye con una estimulante exhortación: «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (Heb. 4:16). De la misma manera que Dios se ha acercado, nosotros hemos de acercarnos a Él; hay un elemento de reciprocidad imprescindible: Cristo me acompaña y me comprende plenamente en mi prueba, pero para experimentar su ayuda -«el oportuno socorro»- yo he de acercarme «al trono de su gracia». «Venid a mí todos los trabajados y cargados y yo os haré descansar» dijo Jesús. La promesa del descanso es inseparable del acudir a él.

Esta confianza es la que me lleva a decir: «Señor, en esta Navidad hay muchos *por qué* que no entiendo; pero tú sí lo sabes, tú lo sabes todo, y si estás a mi lado; esto es lo que de verdad me importa».

3.- JESÚS: La Navidad nos recuerda que Dios ha bajado también a sufrir por nosotros

«*Consolaos, consolaos... decidle a voces que su pecado es perdonado*» (Is. 40:2)

«*Llamarás su nombre Jesús, por cuanto salvará a su pueblo de sus pecados*» (Mt. 1:21)

En tercer y último lugar, en la Navidad celebramos que Dios se ha acercado al ser humano y ha bajado a este mundo para **sufrir por nosotros**. La frase inicial del cántico de Isaías 40 va seguida de una mención a la necesidad de *perdón* por el pecado. Cristo vino a este mundo *no sólo para consolar, sino para salvar*. Ahí es donde vemos el sentido más profundo de la Navidad y también el más trascendental: Cristo vino a morir por mis pecados. Y es en este aspecto que el nombre Emmanuel es inseparable del nombre Jesús, Dios se ha acercado para ser Salvador. La razón más importante que Dios tenía para bajar a la tierra era «salvar a su pueblo de sus pecados» porque «hay un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Ti. 2:5).

Así pues, los sufrimientos de Cristo, aparte de darle una autoridad moral incuestionable para consolarnos, tienen un valor expiatorio de nuestros pecados. La venida de Jesús a este mundo no tenía una intención sólo pedagógica –enseñarnos un estilo de vida modélico- sino vicaria,

sustitutiva. No podemos quedarnos sólo con el Jesús empático que entiende mi sufrimiento, ni siquiera podemos quedarnos con el Emmanuel que simpatiza –sufre conmigo. Todo ello es importante, pero el centro de la Navidad está en la *vida nueva* que Jesús ofrece a todos sin excepción. Ahí radica el motivo principal del gozo de la Navidad que ninguna crisis puede apagar: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17).

En cierta ocasión alguien me dijo: «Si estás mal, Dios te hace sentir peor». ¿Cómo se puede llegar a pensar así? No podemos simplificar el complejo tema del ateísmo, pero en muchas ocasiones el ateo rechaza a Dios sin haberle conocido realmente. Lo que rechaza es una caricatura de Dios que él mismo se ha hecho. Entre los ateos más convencidos encontramos con frecuencia experiencias de un Dios severo, inmisericorde. Ello lleva a un Evangelio legalista y aplastante que se acaba rechazando de forma más o menos virulenta. Nada más lejos del Dios Emmanuel que se acerca para sufrir conmigo, el Siervo Sufriente que se humilló y murió por mí, el Jesús ahora vivo que sigue intercediendo por mí y mis necesidades desde el cielo. Este es mi Dios. Por todo ello celebro la Navidad sin dejarme abatir por las sombras de la crisis, porque es un mensaje de amor, de consuelo y de esperanza. ¡Cuánto necesita nuestro mundo hoy del bálsamo terapéutico del mensaje de la Navidad!

Dr. Pablo Martínez Vila

Libros del Pastor José M. Martínez

- Contemplando la gloria de Cristo**, Editorial CLIE y Andamio, 2004, ISBN: 84-8267-361-0
- Cristo el incomparable**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-0-0
- El libro de Génesis**, Ed. Portavoz, 1998, ISBN: 0-8254-1738-4
- Escogidos en Cristo**, Editorial CLIE, 2006, ISBN: 84-8267-473-0
- Figuras Estelares de la Biblia**, Editorial CLIE y Andamio, 2007, ISBN: 84-7228-923-0
- Fundamentos Teológicos de la Fe Cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2002, ISBN: 84-8267-244-4
- Grandes Cánticos de la Biblia**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-6-2
- Hermenéutica bíblica**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7228-833-1
- Introducción a la espiritualidad cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 1997, ISBN: 84-7645-984-X
- Job, la fe en conflicto**, Editorial CLIE, 1975, ISBN: 84-7228-211-2
- La Biblia dice...**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-054-0
- La España evangélica, ayer y hoy**, Editorial CLIE y Andamio, 1994, ISBN: 84-7645-771-5
- Ministros de Jesucristo I - Ministerio y homilética**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-329-1
- Ministros de Jesucristo II - Pastoral**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-330-5
- Por qué aún soy cristiano**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-178-4
- Salmos**, Editorial CLIE y Unión Bíblica, 1990, ISBN: 84-7645-410-4
- Salmos Escogidos**, Editorial CLIE, 1992, ISBN: 84-7645-538-0
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2000, ISBN: 84-8267-135-9
- Tu vida cristiana**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-3-1

Libros del Dr. Pablo Martínez Vila

- El Aguijón en la Carne**, Publicaciones Andamio, 2008, ISBN: 978-84-96551-71-8
- Más allá del dolor**, Publicaciones Andamio, 2006, ISBN: 84-9655101-5
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2003, ISBN: 84-8267-133-2

Folletos del Pastor José M. Martínez

- Creer o no creer, ésa es la cuestión**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- ¡Tanto sufrimiento! ¿Por qué?**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- La Biblia, mucho más que un libro**, Unión Bíblica de España